

Mario Liverani, *El paraíso y su entorno. Paisaje rural del Próximo Oriente antiguo*. Trad. Manuel Cuesta. «Biblioteca de Ciencias Bíblicas y Orientales» (Madrid: Editorial Trotta, 2024). 221 pp. ISBN: 978-84-1364-233-8.

En un momento en el que el interés por los paisajes rurales y su transformación histórica atraviesa los estudios del mediterráneo antiguo, la publicación en 2024 de «El paraíso y su entorno» por la editorial Trotta, dentro de la colección Biblioteca de Ciencias Bíblicas y Orientales, constituye la primera edición en español de este libro, aparecido en italiano en 2018 (*«Paradiso e dintorni. Il paesaggio rurale dell'antico Oriente»*). Con ello, una nueva obra de Mario Liverani, referente indiscutible de la asirilogía y de la historia del Próximo Oriente Antiguo, pasa a estar disponible en castellano.

El trabajo se inscribe en una línea de investigación que el autor inició en el último tercio del siglo XX¹ y que culmina aquí en forma de síntesis, una historia global de la evolución del paisaje rural en el Próximo Oriente, desde los comienzos neolíticos hasta la irrupción del helenismo. Frente a relatos centrados en palacios y ciudades, Liverani reivindica el campo y a los campesinos como protagonistas de la transformación histórica, mostrando cómo la producción agrícola y las formas de organización del trabajo fueron decisivas en la reproducción de las sociedades concretas de la antigüedad oriental.

El recorrido se abre con «El estudio del paisaje del Próximo Oriente antiguo» (cap. 1), donde Liverani sitúa la cuestión en el terreno de la historiografía y la arqueología del paisaje. A través de los viajeros ilustrados de los siglos XVIII y XIX —Volney, Niebuhr, Layard— muestra cómo la imagen del Oriente quedó asociada a ruinas y desiertos, envuelta en los mitos de Babel y del Edén. La arqueología asiria y los primeros cartografiados introdujeron, ya en la segunda mitad del XIX, una perspectiva diacrónica, aunque durante mucho tiempo se impuso una historia urbana y palacial que relegaba el campo. Aquí, la conexión con la herencia de Marc Bloch y con la historia agraria de larga duración es evidente, entendiendo el paisaje agrícola como vía de acceso privilegiada a la historia social.

A continuación, «Las condiciones de base» (cap. 2) ofrece una visión general del medio físico —cobertura vegetal, clima, procesos de desertificación— y de los instrumentos modernos de análisis, desde la prospección intensiva hasta la fotografía aérea y los estudios paleoecológicos. Lo decisivo, sin embargo, es la idea de que la desertificación no puede reducirse a un determinismo natural, sino que constituye el resultado acumulado de la acción humana (sobreexplotación, deforestación o abandono tras crisis políticas). La historia de los paisajes antiguos

¹ Mario Liverani, *El Antiguo Oriente: historia, sociedad y Economía* (Barcelona: Crítica, 1995); Mario Liverani, «Reconstructing the rural landscape of the Ancient Near East», *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 39 (1996), pp. 1-49.

aparece, así, como una secuencia de transformaciones inseparables de los ciclos de auge y colapso de las formaciones sociales concretas que los sostienen.

Este marco permite entender la transición que desarrolla «De la revolución agrícola a la revolución urbana» (cap. 3). Allí se distinguen la agricultura de riego y la de secano, el pastoreo trashumante en sus diversas variantes y el avance de la especialización regional. La llamada revolución de los productos secundarios se presenta no como ruptura, sino como prolongación de la neolitización. Con Uruk emerge un nuevo paisaje, el de la administración, donde el control de excedentes y de canales abre la puerta a una territorialidad inédita.

En «El paisaje agrario mesopotámico del III milenio» (cap. 4) se observa con claridad la potencia y los límites de ese modelo, a saber, el despliegue de redes de canales, la articulación entre cereales, horticultura y arboricultura y, como contrapunto, la salinización de los suelos. La III Dinastía de Ur constituye el momento de mayor integración hidráulica, aunque también anticipa tensiones irreversibles. Frente a este panorama, «La agricultura de secano del III milenio» (cap. 5) aporta un contraste fundamental desde la Alta Mesopotamia y Siria interior, con diversidad de cereales, protagonismo de la vid y el olivo y una mayor autonomía del pastoreo. Se trata de paisajes menos dependientes de los palacios y templos, y más vinculados a una gestión local que encuentra en Ebla un ejemplo paradigmático.

El hilo se retoma en «El paisaje agrario mesopotámico del II milenio» (cap. 6), que aborda el periodo paleobabilónico y casita con referencias a Nuzi. Los contratos de tierras y catastrós muestran la coexistencia de grandes dominios palatinos y templarios con parcelas privadas de menor tamaño, revelando tensiones entre centralización y fragmentación. La intensificación de la salinización en época casita, junto a las listas de presagios y calendarios agrícolas, permiten reconstruir tanto los ritmos estacionales como las percepciones que los antiguos tenían de su medio.

Con «Siria y Anatolia en el Bronce Medio y Final» (cap. 7) la geografía se amplía hacia Anatolia paleoasiria, Mari, Emar, Alalah, Ugarit o la visión egipcia de Siria-Palestina. La diversidad de medios de subsistencia y de formas de administración de los campos se refleja en fuentes heterogéneas, destacando las hidráulicas de pequeña escala —como el uso del *shaduf*— y la coexistencia en Ugarit de tierras de secano con regadíos por manantiales. En Emar, los sistemas de riego parecen articular explotaciones familiares, mientras que en Ugarit convivían explotaciones palatinas con aldeas cerealistas. El caso hitita recibe menos atención, pero permite entrever un sistema de prácticas hidráulicas más normativo que monumental.

El ejercicio alcanza un punto de inflexión con «La Edad del Hierro» (cap. 8). Frente a la concentración en llanuras del Bronce Final, se impone una doble expansión, siguiendo un sentido horizontal hacia zonas semiáridas y vertical hacia laderas de montaña. La tríada formada por el dromedario, los oasis y los *qanāt* reconfigura poblamiento y rutas de larga distancia. A ello se suma la

transformación de montañas por deforestación y aterrazamiento, en paralelo a soluciones locales como los diques transversales del Néguev. El mosaico israelita, documentado por el calendario de Gézer, muestra propiedades privadas y reales, técnicas agrícolas más modestas y rendimientos limitados, pero con peso central de la trilogía mediterránea. La otra cara del capítulo es la política asiria, esto es, devastación mediante asedios, talas y deportaciones, seguida de recolonización planificada bajo Senaquerib, con desvíos de ríos, acueductos elevados y parques reales, espacio botánico concebidos como símbolo del poder.

El penúltimo capítulo, «Reestructuración y cima de la agricultura del Próximo Oriente antiguo» (cap. 9), amplía el horizonte hacia Urartu, Irán y Asia Central. En Urartu, fortificaciones, embalses y viñedos muestran un Estado activo en la construcción del paisaje. En la meseta iraní predominaban asentamientos pastorales dispersos, mientras que en Babilonia los contratos y catastros de Uruk y Sippar permiten definir espacios del campo, identificando tipologías de parcelas, tamaños y combinaciones con palmeras. El resultado es un paisaje mixto y estratificado, donde templos, palacios y agentes privados ensamblaban un régimen agrario dinámico.

Por último, «Perspectivas» (cap. 10) funciona como síntesis teórica. En época aqueménida, el Imperio no homogeneizó el territorio, sino que lo conectó mediante vías reales, postas y ordenamientos fiscales. El helenismo, en cambio, introdujo una ecología urbana distinta que reconfiguró escalas y funciones del territorio. El binomio deterioro-colonización articula la reflexión final, donde los paisajes resultan de procesos de desgaste, abandono o violencia, frente a episodios de ocupación y reorganización cuya estabilidad dependía siempre de la capacidad política para sostenerlos. El paisaje, en definitiva, aparece como un artefacto histórico, discontinuo y diversificado, cuyo equilibrio está condicionado por la reproducción social y por la fuerza o debilidad del poder.

En definitiva, «El paraíso y su entorno» es una obra que destaca por su capacidad de mostrar el paisaje como un producto social e histórico, resultado de la articulación entre formas de trabajo, organización del excedente y dispositivos de poder político. Su mayor acierto reside en integrar de manera consistente fuentes textuales, arqueológicas e iconográficas en un relato de larga duración, donde las transformaciones del medio no se entienden en abstracto, sino como expresión de relaciones sociales concretas que sostienen o desestructuran los paisajes.

Sus limitaciones -como la inevitable asimetría regional, que otorga mayor densidad a Mesopotamia frente a Anatolia o el Cáucaso, o la simplificación de ciertos episodios por la amplitud cronológica y documental de la síntesis- no desmerezcan su valor, sino que señalan un campo abierto para futuras investigaciones, especialmente en la comparación interregional.

El libro constituye además una apuesta metodológica de dilatado alcance, posibilitando pensar la historia del Próximo Oriente desde la producción y la

reproducción de su espacio rural, restituyendo a la población campesina el protagonismo que la historiografía -urbana- había marginado. Ese programa hunde sus raíces en los debates previos de Liverani sobre historiografía, ideología y crítica de fuentes, donde subrayó cómo la propaganda y la mitología funcionan como operadores concretos de reorganización del trabajo y de la tierra². De ahí que su análisis de las infraestructuras agrícolas muestre que estas no pueden estudiarse al margen de las relaciones de explotación y control, pues son huellas materiales de la apropiación del excedente, de la coerción estatal y de la praxis comunitaria.

Su originalidad reside en haber asumido la tarea -poco transitada hasta ahora³- de construir una historia social del campo próximo-oriental en clave de larga duración. Por ello, más que un libro de síntesis, «El paraíso y su entorno» se convierte en una herramienta teórico-metodológica que permite repensar el paisaje como dimensión constitutiva de la sociedad concreta, espacio donde se cruzan las formas de la producción agrícola, las modalidades de vida campesina y los dispositivos de dominación estatal.

En ese sentido, la obra de Liverani ofrece un instrumento valioso para interpretar los paisajes como huellas materiales de la apropiación del excedente y de las contradicciones entre reproducción comunitaria y explotación centralizada. Su aporte trasciende el ámbito del Próximo Oriente antiguo y abre perspectivas comparativas para comprender cómo se configuran y transforman los espacios rurales en la dinámica histórica de las formaciones sociales.

Arturo García-López

Instituto de Arqueología de Mérida (CSIC – Junta de Extremadura)

² Mario Liverani, *Mito y política en la historiografía del Próximo Oriente Antiguo* (Barcelona: Bellatera, 2006).

³ Carlo Zaccagnini, *The rural landscape of the land of Arraphe* (Roma : Università di Roma «La Sapienza», 1979); Mario F. Fales, «The rural landscape of the Neo-Assyrian Empire: a survey», State Archives of Assyria Bulletin 4 (1990), pp. 81-142; Lucia Mori, Reconstructing the Emar Landscape (Roma : Università di Roma «La Sapienza», 2003); Tony J. Wilkinson, Archaeological Landscapes of the Near East (Tuscon: The University of Arizona Press, 2003).